



NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTS.

# REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.....	Ptas. 2,50	MADRID: trimestre.....	Ptas. 2,50	Ordinario.....	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios....	» 5	PROVINCIAS: trimestre.....	» 3	Extraordinario.....	» 0,50
		EXTRANJERO: año.....	» 15		

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27, Madrid.

## SUMARIO

Advertencias.—A Colón, por D. Cándido.—La corrida Hispano-Portuguesa, por J. Sánchez de Neira.—Portugal y España, por M. del Todo y Herrero.—El primer matador de toros, por Angel R. Chaves.—Encunadol, por Eduardo de Bustamante.—Caballeros en Plaza, por Angel Vela-Hidalgo.—Soneto, por F. G. Ontiveros y La-plana.—Un protector de animales, por José de Siles.—Epigramas, por Plóez y M. Núñez de Matute.

## ADVERTENCIAS

Teniendo preparado para el número inmediato el dibujo representando la última y reciente cogida del Espartero, en Sevilla, nos reservamos hasta ese día el detallar ampliamente el desgraciado suceso, limitándonos por el momento á manifestar á nuestros lectores y congratularnos por ello, que el valiente diestro adelanta rápidamente en su curación.

Agotados completamente los números en que publicamos el año pasado los retratos de Bonarillo y Reverte, antes de tomar la alternativa, y tanto para servir los pedidos de nuestros corresponsales, como atendiendo á las indicaciones de distinguidos aficionados, en los números sucesivos daremos nuevos retratos de dichos jóvenes matadores, así como del conocido espada cordobés, Rafael Bejerano (Torero).

## Á COLÓN

EN EL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

### SONETO

Tu ciencia y tu valor, al Océano su secreto arrancaron felizmente, clavando en el ignoto continente el invencible pabellón hispano.

De aquella lobreguez, de aquel arcano, las tinieblas rasgaste bruscamente, y de la ilustración el refulgente destello, brilló puro y soberano.

Por ti; por lo asombroso de tu hazaña, la hostilidad al fin trocose en ruegos; en muda adoración, la torpe saña, y aquellos pueblos de ignorancia ciegos, probaron, imitándola, que España es grande y esforzada hasta en sus juegos.

DON CÁNDIDO.

29 Octubre 1892.

## LA CORRIDA HISPANO-PORTUGUESA



Después de varias peripecias ocasionadas por distintos motivos, y principalmente por la desgracia acaecida en Sevilla al simpático Manuel García el Espartero, cuyo alivio celebramos, y por el accidente ocurrido al famoso Rafael Molina, en Córdoba, el día de su santo, que hizo temer á muchos amigos suyos que no pudiera torear en la corrida del 27, se verificó la corrida de toros preparada por una Comisión del Circulo Hispano-Portugués, en la forma de que dimos cuenta en nuestro número anterior. Por cierto que el artículo en que del asunto hablábamos, parece que no ha sido del agrado de los que han dirigido el tinglado, lo cual nos ha causado verdadera satisfacción, porque precisamente le escribimos á dicho fin. Ellos dañaron los intereses del público, que son los nuestros, poniendo precios exorbitantes á las localidades, y nada más natural que censurar tan arbitraria conducta, nunca justificada aunque la Plaza se llenase de gente, porque en estos casos, aparte de la lesión actual ó del momento, lo que hay que temer es el mal precedente que se establece, y que no dejará de explotar la avaricia en lo sucesivo.

Pero, en fin, los que comprenden mejor el espíritu de la sociedad actual y sus inclinaciones; los que saben que hoy se gasta más que se puede; y que todo eso de que el país tiene hambre y se halla pobre de recursos, debe ser música celestial, lo arreglaron á su antojo, y el resultado ha excedido á sus esperanzas y.... á las nuestras que, francamente, nunca pudimos creer que hubiera quien estuviera tan mal avenido con su dinero. Hubo, pues, mucha gente, la necesaria para dejar una ganancia de más de 15.000 duros, que no vendrán mal á los pobres, si se reparten todos con equidad entre los de Madrid y Portugal, como ofreció el programa. Las cuentas lo dirán, si es que las publican.

Para dar con alguna claridad noticia exacta de la función, habremos de dividirla en tres partes, que otras tantas por lo menos compusieron el total, inclusa la mojiganga. Fué la primera, en cuanto redoblaron los timbales, la presentación

de las cuadrillas en el ruedo, confundidas ordenadamente la española y portuguesa, en forma vistosa y muy propia de circo ecuestre; pero que no describimos, porque no es ni ha sido nunca la usada en los Cosos taurinos, y quiera Dios no lo sea jamás para que no se alteren las tradiciones y las buenas prácticas. Mientras estuvieron los toreros en medio de la Plaza más de diez minutos á pie firme, los *cavalheiros* hicieron *as cortesias* y *salutaços* que son de rigor en su país, recogiendo en cambio aplausos por la pericia que mostraron en el manejo de los caballos; y una vez concluida costumbre tan cortés, y retirada la impedimenta de gente inútil, jacos, mulas, etc., dió principio la

### Lidia portuguesa.

Lo que la constituye principalmente, ya lo saben nuestros lectores: no es más que la colocación de *farpas*, que ha dado el vulgo en llamar rejonos, y en esa suerte sabido es hasta dónde rayan los portugueses. Tinoco y Do-Rego se encargaron de farpear al primer bicho, y lo realizaron á satisfacción de la concurrencia, con seis pinchos el primero y dos el segundo; y D'Oliveira y D'Almeida fueron los designados para farpear al tercer toro de los que pisaron la arena. Ambos demostraron arte en equitación y en toreo, teniendo Almeida la desgracia de sacar herida una preciosa jaca, porque habiendo entrado bien á emparejarse con el toro, y adelantándose perfectamente medio cuerpo de caballo, quiso clavar el arma de adelante atrás, no pinchó, y como el instante que hubiera perdido la res al sentirse herida le hubiera ganado el jinete, éste le perdió y aquél alcanzó en el anca á la jaca, que fué retirada. En cuanto á Oliveira, gallardo joven que nació en Benavente hace treinta y tres años, todo cuanto se diga en su elogio es poco. Con singular maestría, haciendo gala de ser un consumado *cavalheiro*, clavó de cerca y con solo dos salidas falsas, por parte del toro, y una por desviación del caballo, siete palos altos, á toda ley, saliendo de la reunión con gran serenidad y compostura.

De la demás lidia á la portuguesa nada notable hay que decir. Calabaça y Gonzalvez parearon, vestidos á la española, aunque sin moña, á los toros segundo y cuarto, cuarteando bien y sin preparación de capea, y uno de los mozos de forçado, hizo una buena *pega* de frente, que

fué la primera de todas; las otras pegadas nada valieron, ni la resistencia con las horquillas, ni el trabajo de los campinhos; así que el público, que estuvo muy deferente con los portugueses en todo, sólo por prudencia consintió el final de una lidia que se hizo pesada y aun desagradable, y eso que los bichos del Sr. de Aleas eran endebles, terciaditos y de esos que se pagan con tres billetes de á 100 pesetas.

### Lidia á la española.

Luego que los mozos pegadores dieron vuelta al redondel recogiendo *charutos* y algunos *centos de reis*, colocáronse en su sitio los picadores, y preparada la gente de á pie, entre los aplausos de la multitud que ya por verlos estaba impaciente, se saltaron seis toros—uno tras otro y á su tiempo regular—de la ganadería de D. Félix Gómez, vecino de Colmenar Viejo, que resultaron buenos y bien criados, y con una nobleza en todos los tercios de la lidia, de que no suelen dar ejemplo los bichos castellanos. Bravos y de poder en su mayoría, lo hubieran sido mucho más hace dos meses, que el fin de Octubre no es como el de Julio ó Agosto; pero el dueño puede darse por satisfecho del resultado que dieron por igual y con escasas diferencias de condición.

*Suerte de picar.*—Como siempre: para dos buenas varas, doce malas; para una buena colocación, doce malas; inteligencia, cero; voluntad, escasa. Sin embargo, amigos de hacer justicia, diremos que Cantares puso un buen puyazo al primer toro; Telillas estuvo voluntarioso, y el Chato se lució en dos varas al segundo bicho, que era más cornalón que los demás. Cuanto á los demás picadores, lo dicho, dicho queda; y no será que los hombres se fatiguen mucho para desempeñar su cargo, que algunos hubo que, con sólo clavar la puya cuatro veces, dió por concluída su misión y se retiró al callejón, gracias al moderno reparto de turnos que se va haciendo insoportable.

*Suerte de banderillas.*—Sin que hicieran nada notable, todos procuraron cumplir; y Antolín, Manene y Galea, clavaron bien algunos pares; pero como donde hay patrón no manda marinerito, las glorias en esa suerte fueron el jueves para los maestros. Puso Tortero un par yéndose de frente y cuarteando bien; clavó Mazzantini otro magistral, de poder á poder, y cuadrando en la cabeza; y concluyó Lagartijo con otro al cuarteo, con mucho garbo y conocimiento del teatro. Como hay quien mide por milímetros todo cuanto al toreo y á los lidiadores se refiere, aclararemos que el par del Tortero fué clavado diez centímetros de bajo; el de Mazzantini diez centímetros trasero, y el de Lagartijo diez centímetros delantero.

*Suerte de matar.*—Animado y contento el anciano Lagartijo, trabajó con fe toda la tarde, haciendo algunos quites, mejor dicho, atendiendo á las salidas naturales de las reses con algunas largas; y al pasar de muleta á su primer toro, anduvo encorvado, inquieto, y al herir, lo hizo *á su modo*, es decir, fuera de arte. No así en su segundo, al que trasteó bien, con más calma y tino, y mató de una gran estocada á volapié, entrando por derecho, como pocas veces le hemos visto.

Bien Mazzantini en los quites, donde no tiene rival; los habrá más bonitos, pero no más oportunos, ni más de verdad, ni más valientes. Ha venido á sustituir en esto al incomparable Frascuelo. Mediano pasando de muleta á su primer toro; estuvo irreprochable al herirle á volapié neto, entrando y saliendo como el arte exige; pero en su segundo, que brindó á «Os Cavalheiros» que ocuparon un palco de sombra cuando concluyeron su toreo, Mazzantini paró más que otras veces, pasando con tranquilidad y arte, y dando otro de los volapiés notables que son de su exclusivo patrimonio. Una buena tarde, en fin, para el torero de vergüenza.

Tampoco fué mala, dado su puesto y condiciones, para Enrique Santos, el Tortero, que vino á reemplazar al Espartero. Más buena vo-

luntad que la por él demostrada, no es posible ofrecerla. Hizo buenos quites, embarullándose en algunos y metiéndose en otros donde no le llamaban, lo cual le valió alguna reprimenda de Lagartijo, que como viejo, ha echado mal genio. En la muerte de sus toros no estuvo á la altura de los que cobran cinco veces más que él, pero cumplió, y su última estocada fué de género superior. Se le pasaron por las mientes grandes deseos de recibir á su primer toro, pero no está en sazón la fruta: hay que torear más al lado de maestros, que buena disposición no falta.

Y, por último, Valladolid, que estoqueó los dos toros rejoneados, mejor dicho, farpeados, no quedó mal, á pesar de su gordura.

En resumen: una corrida regular y agradable, sin ser de primer orden ni mucho menos. Una tarde espléndida, los necesitados socorridos, y.... vamos viviendo.

J. SANCHEZ DE NEIRA.

## PORTUGAL Y ESPAÑA

(27 de Octubre de 1892.)

Pudo la razón de Estado,  
despótica é infecunda,  
abrir la línea profunda  
que á una de otra ha separado.

Pudo la torpe ambición  
y el rastro proceder  
de la política, hacer  
dos de una sola nación.

Pudo, con necio desvelo,  
partir la bárbara guerra,  
trozos de la misma tierra,  
pedazos del mismo cielo.

Y pudo lograr, en fin,  
la repugnante cizaña,  
entre Portugal y España  
sembrar su semilla ruin.

Todo eso pudo alcanzar  
quijotesca vanagloria;  
más la unidad de su historia  
no hay quien la pueda borrar.

Sería esfuerzo ilusorio  
querer buscar, con torpeza,  
distinta naturaleza  
en el propio territorio.

Los siglos transcurrirán  
y portugueses é hispanos,  
por la tradición hermanos,  
cual siempre han sido, serán.

E idénticas emociones  
vibrarán en su organismo,  
á impulsos de un placer mismo  
y de iguales aficiones.

De ello ofrece prueba plena,  
el conjunto interesante  
de esa lid noble y brillante  
en un círculo de arena,

Que ambos pueblos en un día  
sujeta en estrecho lazo,  
fundidos en abrazo  
de entusiasmo y de alegría.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.



## EL PRIMER MATADOR DE TOROS

(RECUERDOS DEL AÑO 1492)

I



A pesar de que ya en distintas ocasiones había manifestado la Reina Isabel la Católica, su repugnancia á los espectáculos públicos que pudieran dar ocasión al derramamiento de sangre, el júbilo que se apoderó de nuestras huestes cuando se logró al fin la capitulación de Granada, tradújose, como en todas ocasiones sucede, en espléndidos festejos, cuya presidencia se dió por derecho propio á los afortunados Morarcas.

Entre ellos hubo justas, torneos, cintas, estafermos, y para que nada faltara, los más valerosos caballeros se comprometieron á alancear, en coso cerrado, varios de los feroces toros que pastan las salobres hierbas que sirven de margen al manso Genil y al aurífero Darro.

Los más arrojados paladines castellanos y aragoneses, salieron lujosamente paramentados á luchar con los astados brutos, y los más entusiastas vítores premiaron la sangre fría y gentileza de los apuestos jinetes, que hicieron verdaderas proezas delante de los Reyes de Castilla, sin que en largo tiempo hubiera que lamentar percance alguno que hiciera arrepentirse á la piadosa Reina del permiso que, no sin grandes esfuerzos, se logró recabar para que el festejo se ofreciera.

Pero ya la fiesta iba de vencida, cuando al presentarse en el ruedo un toro que, como ninguno de los corridos, manifestaba poder y bravura, las cosas cambiaron de aspecto.

Al verle salir un infanzón aragonés de la casa de los Monreales, adelantó el jocoño trastrabado que montaba, y poniendo con gran bazarria la lanza en la cuja, bajó el pesado hastil, señalando con la moharra la alta cerviz de la fiera. Pero ésta, con tanta intención como pujanza, hízose unos pasos atrás para dar más violencia al empuje, y bajado hasta rozar la arena con sus naturales defensas, esquivó el golpe, dando con tal violencia en el potral de caballo, que bien pronto el jinete rodó maltrecho por tierra.

Como deber de todo caballero era acudir en socorro del amenazado, el castellano Conde de Tendilla, cuyos alientos conocían de sobra Zegries y Abencerrajes, y cuyo valor ejecutoraban las cicatrices de algunas heridas todavía no bien cerradas; rápido como el rayo, y sin curarse de adquirir la certeza de si su corcel estaba todo lo bien cinchado que el empeño requería, dejó las vallas en que tomaba reposo, avanzó hasta el irritado animal, y tuvo la buena fortuna de llegar á él á tiempo que se disponía á meter la cabeza en el indenfeso caído.

Ver á su nuevo adversario, bastó al toro para que abandonara su presa, y arrancándose á él, levantando una nube de polvo, se encontró con la lanza del de Tendilla, que por un momento arrancó un jubiloso grito de entusiasmo, creyéndole todos dueño de la más completa victoria.

Pero por desdicha no fué así; la lanza, deshecha en menudas astillas, apenas había logrado hacer alguna sangre al feroz animal, á tiempo que el inteligente caballo, comprendiendo el aprieto de su dueño, buscaba salida por pies, dando su vigoroso bote de costado.

El Conde, que era consumado jinete, hubiérale resistido con su acostumbrado aplomo; pero la silla, que se había aflojado para dejar al generoso bruto algún descanso, salió de su natural asiento; y el valeroso castellano, engargantado el pie en el estribo izquierdo, dió con su cuerpo en tierra, á dos dedos de las afiladas puntas del toro.

Un grito de horror salió de todas las gargantas. La fiera, que había hecho toda la faena en un palmo de terreno, y en mucho menos tiempo del que se gasta en referirlo, tenía á su disposición á los dos esforzados paladines, en los cuales no tardaría en hacer ensayo de su incontrarrestable pujanza.

Toda idea de salvación parecía imposible, tanto más cuanto que los caballeros que habían tomado parte en los encuentros anteriores, se hallaban unos desmontados tras de la empalizada, y otros tomando descanso en las lujosas tiendas levantadas en las cercanías del palenque.

Pero de pronto, al grito de espanto de la multitud, siguió otro de asombro. Como si hubiera brotado de la tierra un gallardo mozo, cuyo modesto atavío revelaba que su condición distaba mucho de la de los que hasta allí habían mostrado sus arrestos, estaba á pie y sin otra defensa que en una mano el tabardo de grosera raja de Segovia que se había desprendido de los hombros, y en la otra un cuchillo de afilada hoja, poco más largo que una daga de las ordinarias, pero más corto que una espada, llamaba así á la fiera.

Esta, abandonando á los vencidos jinetes, arremetió con salvaje impulso al mozo, que sin mover los pies del suelo dejó empapar la cabeza del bruto en los paños que le servían de defensa, y se revolvió con increíble ligereza para ofrecerle otra vez el engaño.

Por más que la burla exacerbara más y más la furia

del toro, su mucha bravura no le dejaba reparar su error, y con pasmo de la absorta concurrencia, que por vez primera presenciaba aquel juego, se vió repetida la suerte el bastante número de veces para que no sólo quedara el temible animal lejos de los indefensos caballeros, sino para que, domeñadas en parte sus fuerzas, quedase quieto é inmóvil delante del atrevido villano.

El pueblo, dándose cuenta entonces del arrojado de éste, prorrumpía ya en atronadores vítores, cuando volvió á quedar mudo, advirtiéndole que no había terminado la inconcebible hazaña.

El mozo, no contento con el triunfo conseguido, llamó de nuevo la atención de la fiera dando una te patada en el suelo; ésta, reparadas ya sus fuerzas, dió una nueva acometida, y cuando todos creían perdido sin remedio al audaz retador, vieron con asombro que éste, aprovechando el momento de bajar la cerviz para recogerle, clavaba el cortante acero en el morrillo del toro con una serenidad y una sangre fría admirables.

El potente bruto no pudo dar un paso más para resistir un momento la derrota; abrió las cuatro patas para hacerse fuerte, pero un torrente de sangre se escapó de su boca, y rodó por el suelo lanzando el postre bramido.

Entonces, el entusiasmo de todos los espectadores rayó en el delirio, y los mismos Monarcas se unieron á su pueblo para tributar ruidosa ovación al que había salvado la vida de dos de los más valiosos caballeros de su Corte.

Pasada la primera explosión, y cuando el villano trataba modestamente de perderse entre la multitud que presenciaba el festejo, la Reina le hizo subir á su estrado.

Cuando estuvo en él, aquella Reina, para la que tantas alabanzas guardaba la historia, después de felicitarle bondadosamente por su valor, le dijo que pidiera la gracia que quisiera, en la seguridad de tenerla por concedida.

—Señora, una sola pido á V. A.—contestó el villano con aplomo.—Que se me conceda la honra de acompañar á ese navegante genovés, que cuenta con la gran ayuda de la Reina de Castilla para emprender su viaje, que dicen que ha de ser asombro del mundo.

—No es tan fácil lo que pides—repuso la Reina en amable sonrisa;—pues ese apoyo con que el genovés cuenta, todavía no le ha obtenido de mí. Tal vez el deseo de cumplirte la palabra que te he dado, contribuya á que sus deseos no salgan fallidos.

Y haciendo recompensar con largueza al villano, le despidió con bondad.

II

Algunos meses después, del puerto de Palos salía una flota llamada á borrar los antiguos límites del mundo. En la dotación, bien mermada por cierto de hombres de armas que llevaba *La Pinta*, iba el villano tan ruidosamente aplaudido en Granada.

La expedición tuvo el más venturoso de los resultados; pero el héroe de nuestro cuento no volvió á pisar el suelo de España.

En la primera de las islas descubiertas por Colón, quedaron oscuros y olvidados los huesos del que mató frente á frente y á estoque, por vez primera, una res brava, dos siglos y medio antes de que tan lucida y arriesgada suerte se hiciera frecuente en nuestro suelo.

ANGEL R. CHAVES.

¡ENCUNADO!

Al cielo, con un canguelo como jamás lo sintió, llegó el *Brisca*, y abordó la portería del cielo.

Salió á abrir un querubín con poca ropa de abrigo, y asomándose al postigo: —¿Quién es?—preguntó por fin.

—Zervidó.

—¿Quién es usted?

—Puz.... uno que quíe pazá.

¿Eztá Zan Pedro?

—Sí está.

—Puz quizá jablá con é.

—Espere usted un instante.—

El querubín se escurrió, y al poco rato llegó San Pedro de mal talante.

—¿Qué quieres?

—Perdone uzía;

yo zoy er *Brisca*, un torero....

—Lo que eres tú un embustero.

—Nazío en Andalucía,

en er barrio de Triana....

—Menos parola y al grano.

—Tenga uzté carma, criztiano.

—Es que no me da la gana;

y si agotas mi paciencia cierra el postigo y me voy.

—Puz ar grano; puz yo zoy un torero de ezperenzia,

maeztro en la facurtá, como reza en loz cartele.

—Sí, sí, un *torerazo*.

—Ele;

y zobre toó pa matá.

Pazando ziempre zeñío, rezibiendo tooz loz toro, y, en fin, ganando maz oro que de América ha zalío.

Jazta que ayer un Zolf me jizo un lío, y me echó....

—Entendido.

—No, zeñío;

en la mezeta er torí.

—Hijo, ¡vaya una boleal!

—Me encuné....

—Pues te has lucido.

Pero dime, ¿á qué has venido?

—Puz miruzté, dicho zea

zin inmodeztia ninguna, yo creo que me he ganao er zielo.

—Tú estás *chiflao*, *chiquillo*, sin duda alguna.

—¿Cómo chiflao?

—Claro está.

—¿No has muerto *encunado*?

—Zí.

—Pues entonces no está aquí tu puesto.

—¿No es este?

—¡Quíal!

Muriendo de otra manera al cielo hubieras entrado; pero si has muerto *encunado* es el Limbo el que te espera.

Dijo, cerró y echó á andar raudo como una saeta, dejando al pobre maleta casi á punto de llorar.

Y el alma, viéndole ir, furiosamente gritó:

—*Camará*, con el *gachó*....

¡Qué modo de recibir!

EDUARDO DE BUSTAMANTE.

CABALLEROS EN PLAZA



«A nuevos tiempos costumbres nuevas», dice el refrán, con el laconismo siempre sujeto á tanto error de las sentencias populares que aquel nombre reciben.

Error existe en este caso, porque las costumbres no se perderán nunca ni en los hombres ni en los pueblos, en tanto de las buenas pueda decirse que «genio y figura, hasta la sepultura»; y de las malas, que «quien las há, tarde ó nunca las perderá».

No se pierden las costumbres cambiándolas por nuevas en el transcurso del tiempo; van sus formas, pero aquéllas subsisten permaneciendo lo esencial aunque se ofrezcan en su existencia con accidentes distintos.

Sucede, sí, á las veces, y con la usanza de los *caballeros en Plaza* acontece, que lo verdaderamente esencial de la costumbre llega á desaparecer, siendo tan sólo los accidentes de forma y de ocasión lo que al fin viene á constituir la esencia positiva del hecho.

He aquí de qué modo se rectifica el error del primer refrán citado, y deja de existir su incongruencia con los otros dos.

El origen de los caballeros en Plaza, nadie lo desconoce en nuestra España: es simultáneo al origen de las corridas de toros, de esa fiesta de la pa-

tria, fiesta genuina y propia de ella sola, que en ninguna otra nación logró implantarse, y á la que asistía, de barreras adentro, la flor de la gente hidalga y guerrera, rodeada de sus siervos y armada de punta en blanco, distinguiéndose así de damas y de plebeyos, de ancianos y de inútiles para tan brava lidia, que ocupaban graderías y escaños, tabladros y balcones.

Caballeros moros, caballeros cristianos, en solemnes fiestas, desde el Cid Campeador al gran Carlos V, alancearon toros en coso cerrado, y nobles y reyes primero, haciendo alarde de su valor y alientos; hidalgos después, de casas solariegas, en busca de renombre y gloria; atrevidos jinetes más tarde, á quienes se exigieron pruebas de abolengo ilustre, fueron así saliendo á Plaza para lucir su gallardía, su destreza y su esfuerzo sobre brioso corcé; los unos, sujetando la fiereza del toro con el acero de la lanza, retenida en el robusto brazo; los otros, clavando rejoncillos de pintados colores tras ágiles escarceos en suertes de habilidad y ligereza extraordinarias.

Fueron los héroes de la caballería andante en España, el brillo de la nobleza y del blasón, el regocijo de las fiestas de un pueblo que admiraba el valor y la fuerza como patrimonio de los grandes. Luego, han sido reflejo de aquellas grandezas y de aquellas glorias, sostenido por el esplendor y por el lujo de la corte de los reyes; y, por último, tributo cuando menos rendido por adhesión á ellos como un resto de la antigua gala cortesana.

Pero así, cambiando en el transcurso del tiempo la forma de esa costumbre, ¿qué es lo que llegará á ser?

Si ella no solemniza fiestas reales; si los acontecimientos que hoy celebra tienen carácter tan diverso del que tenían aquellos festejos que costeaba el lujo de la nobleza; si esa nobleza no es al presente el poder y la fuerza, y si caballeros en Plaza han de salir en corridas de toros por ferias y centenarios como aliciente de cartel para reclamo de forasteros, seguramente que lo esencial de aquella hermosa costumbre se perderá del todo, y que serán sus accidentes remedo ó parodia de lo que antes fué. Espectáculo semejante en la forma material de realizarse; pero otro en sus condiciones morales, otro en el móvil generoso que le dió existencia, y, por lo tanto, otro en el ánimo de los que lo ejecuten y de cuantos lo presencien.

Pero, ¡quién sabe! Tanto y tan desdichadamente decae en la lidia el toro á caballo por los picadores; tan mal se conducen de día en día esos hombres infames, malos jinetes y peores toreros, que se impone hace tiempo—y no soy el primero que lo dice—la necesidad de sustituir su faena innoble por otras que consigan con mejor éxito lo que en aquel primer tercio de la lidia se ha de lograr para dejar al toro en las condiciones que conviene á las suertes que en los otros dos tercios han de ejecutarse.

Si hay caballos de poder y resistencia bastantes para sostener el impetuoso impulso de las reses, no hay quien los ponga en las manos torpes de un mal mozo de mulas, que si valiente débil, si vigoroso cobarde é ignorante, casi siempre desconoce el fin que ha de realizar; y no sabiendo, en una palabra, lo que se hace, entregará el noble bruto á muerte segura y pronta, y además, después de malhadados encuentros, ha de dejar inútil al toro para el resto de la lidia que haya de dárselo.

Si hay *jinetes* que lo son y que han hecho su escuela en dehesas y tentaderos, conociendo á las reses y sabiendo lidiarlas, no se recluta entre ellos piqueros de brazo fuerte que sugeten la vara de detener en lidia formal, ni á ello se atreverían, aun hallándolos, si había de montárseles sobre los malos *arres* que hoy se usan, y que así los exige la masa ignorante del público, esa masa estúpida que, educada en la decadencia de la suerte de picar, pide caballos y caballos, y no goza sin batacazos y *herraderos*, y confusión y escándalo.

Y esta es una de tantas razones poderosas que reclama de necesidad la sustitución por otra de la suerte de pica.

Lo necesario se impone, y la repetición misma con la que vamos viendo aparecer caballeros en Plaza, ha de traerlos á sustituir á los varilargueros, no con ventaja si las varas de detener se usaran debidamente, pero sí en beneficio al cabo del buen conjunto de la lidia, y como imprescindible cosa, á no querer que los picadores concluyan con lo que fué el toro, impidiendo que sea lo que debe ser.

No hablemos del mañana.

Hoy por hoy, hermoso espectáculo es el que ofrecen los caballeros en Plaza; hermoso espectáculo que no ha de dejar de repetirse mientras corridas de toros haya, y las habrá siempre, porque las costumbres de los hombres y de los pueblos se modifi-

can en su forma y en su esencia tal vez, pero no desaparecen jamás.

Los aficionados a las corridas de toros; los que amen esa fiesta española, única y por excelencia, discutiéndola ó sin discutirla, desearán que no dejen de verse caballeros en Plaza como recuerdo de la gloria y del esplendor que esas fiestas tuvieron.

Además, siempre el caballero en Plaza podrá ser un jinete experimentado y diestro, que si á la vez conoce la lidia de los toros, sabrá sacar todo el partido á que se presta el toreo á caballo, practicándolo con inteligencia y arte.

Si de un lado aprovecha la ligereza y agilidad de caballo apuesto y en buena doma sometido, fácil en revolverse, acompasado en el tranco, valiente en el arrancar, firme en el arresto; y si del otro sabe medir la noble bravura del toro que acomete derecho cuando bien se le llama, y que llegado al lance déjase burlar por la misma codicia con que acude á la falsa cita del que á tiempo se sale del terreno ó le cambia por otro; si todas esas circunstancias se buscan, se reúnen y se aprovechan con entendimiento y destreza, serán realizadas suertes de las más bonitas y lucidas que pueden verse en la lidia de los toros, y se aplaudirá siempre á los *caballeros en Plaza*.

A. VELA-HIDALGO.

## SONETO

Cruzó Colón el piélagos profundo  
guiado por la fe que le animaba,  
hallando, cual su mente imaginaba,  
del mar en el confín, un Nuevo Mundo.

Grande su genio fué, más un segundo  
genio brilló con luz que le igualaba,  
que en la Reina Isabel la fe brillaba  
como rayo fulgente é iracundo.

Ella sus joyas empeñó, gustosa,  
y así pudo Colón, tras ruda guerra,  
cruzar la mar inmensa y tenebrosa,  
y al descubrir la americana tierra  
dar término á la empresa más gloriosa,  
de entre las muchas que la Historia encierra.

F. G. ONTIVEROS Y LAPLANA.

Madrid, Octubre, 1892.

## UN PROTECTOR DE ANIMALES



D. Amancio Peladilla, es un hombrecito gordiflón, coloradote, ventruado, carrilludo y patiocortado.

Su figura nada tiene de sentimental menos los ojos.

¡Siempre le están llorando!

Este hombre, pues, que presenta por su aspecto mucho de *sandío* y poquísimos rasgos de la esbeltez humana, es un gran protector de animales.

A lo menos así lo dice él en público, y por muchos bobos es creído, ó fingen creerlo.

Hay tontos que son muy pillos, y pillos que son muy tontos.

Proteje, es un decir, el D. Amancio, á todos los animales ajenos, y á las personas más allegadas de su familia.

Entre los animales domésticos, aunque no domesticados, cuenta, naturalmente, el Sr. Peladilla, á su suegra.

Su suegra, á la verdad, es una leona con cara de lechuza.

Pero ¡oh, alma generosa! Nuestro hombre siente también extraordinarias simpatías por los toros.

Dígase de paso que la señora de Peladilla es una hembra muy guapa.

¡Los toros! Con los toros no admite bromas don Amancio. Protesta con toda la fuerza de sus pulmones, esto es, á berrido limpio, de que se les sacrifique «traidoramente».

—¿Traidoramente en la Plaza?

—Sí, señor.

—¿Y en el matadero?

—¡Ah! ¡Oh!

—Y D. Amancio permanece sin contestar á esta observación, con la boca abierta, manoteando como orador concejal á quien se queda de repente sin «la cuerda» del habla, ó en otros términos, «descordado».

Conozco á muchos oradores así, á quienes sólo les falta hablar.

D. Amancio, fuera de estos casos, habla por todas las partes de su cuerpo.

Su lenguaje más contundente, es el de los pies. A puros pisotones conversó conmigo días pasados. Yo no le conocía, y me le presentaron como un gran filántropo.

—¿Conque V. es?...

—Sí, señor; protector de animales, para servir á usted.

—Gracias. Lo mismo digo. ¿Y sus ideas?....

—¿Mis ideas? ¡Abolición absoluta de la pena de muerte!

—Es eso muy humanitario.

—Y de moda.

—Perdón al que delinque, al que mata en un arrebato de obcecación ó furor. ¡He ahí una teoría hermosa!

—Y más hermosa la práctica.

—Sí, aunque algo improductiva. Por sustentarla cayó Salmerón de la Presidencia de la República.

—Mas, ¿de qué pena trata V.?

—De la de muerte.

—Sí; pero con respecto á quién?

—Relativa á los hombres.

—No; si yo me refiero á los animales.

—¿Luego la muerte por cuya abolición aboga usted es.....?

—La de los toros.

—¿Y los hombres?

—¿Los hombres? ¡Horca en ellos!

D. Amancio, como otros muchos entes de su especie, es furibundo admirador y propagandista de las cosas de Francia.

Admira sus trufas, sus charlatanes, sus *cocottes*.

Es presumible que «festeja» á alguna de las últimas.

Y llama á Francia «país culto y civilizado», sólo porque.....

—¿Por qué es Francia un país culto y civilizado?—se le pregunta.

—Pues, porque rechaza las corridas «de muerte»;—replica Peladilla tan ufano y orondo.

—Era de creer que lo fuera por sus artistas, por sus escritores, por sus ingenieros.....

Es inútil seguir enumerando las personalidades que constituyen la gloria de una Nación.

D. Amancio, oyendo todo esto, se duerme.

Ultimamente, cuando fué multado Cara-ancha por *matar* dos toros, el «filotauro» de Peladilla me decía, ardiendo de entusiasmo y refiriéndose como eterno estribillo á la consabida Francia:

—Aquello sí que es país, que es gobierno y que es justicia. ¿Se faltó á la ley? Pues ¡castigo! ¡multa!

—¿Cuánto ha sido ello?

—Tres pesetas.

—Vamos. Cara-ancha, para los franceses, no ha cometido más que un pecado venial. La multa debía imponerse, allí como aquí, no al espada que mata, sino al que mata mal.

—Es V. un salvaje—suele replicar D. Amancio al fin y remate de sus polémicas.

Pero el salvaje lo es él. Él y los que como él, que hacen ostentaciones de alambicadas sensiblerías, de una superficie barnizada de cultura; mientras que en el fondo, dentro del alma, se anidan las más refinadas crueldades de esta época decadente.

El tal D. Amancio me parece un hipócrita.

Recientemente he tenido ocasión de comprobar esta fiuración mía.

D. Amancio se cree, en efecto, «protector de animales». Un día llevó á un cochero á la prevención porque apaleaba á un caballo. Otro día hizo lo propio con un ciego, porque maltrataba á su perro.

En su casa no hay animales, fuera de los cernícalos de sus hijos, porque afirma que le daría grandísima pena ver enfermo ó rabiando á un micho ó á un can.

Hay quien dice:

—¡Economía! ¡Avaricia! ¡Tacañería!

Cien veces se encuentra por la calle á infelices mendigos, á mujeres desarrapadas, á niños macilentos, implorando la caridad humana.

Peladilla les despide con un sofión:

—¡Tunantes! ¡Gandules! ¡Ladrones! No seré yo quien os de pan. Ese lo guardo yo para los pobrecitos é indefensos animales.

Lo cual tampoco es cierto.

Bien estudiado, D. Amancio no protege toros, ni gatos, ni perros, ni caballos; sólo protege, real y positivamente, á un animal de dos patas, de gran estómago y de hueca mollera:

¡A sí mismo!

JOSÉ DE SILES.

## Epigrama.

Juan, que es un aficionado rayano en la idolatría,  
y sueña con el ganado,  
á Pilar (su esposa) un día  
llevó á ver el apartado.

Y cuando llegó el momento,  
al notar su gran contento,  
dijo con sorna Pilar:  
—¡No puedes disimular  
que te hallas en tu elemento!

Estaba al sol en los toros,  
sudando la gota gorda,  
cierto conocido tipo  
que de riqueza blasona.

Manifesté mi extrañeza,  
y uno me dijo con sorna:  
—Sin duda será en desquite  
de lo que ha estado á la sombra.

Un patán de Valdemoro  
gritaba increpando á Trigo:  
—¿Cómo ha de entrar ese toro  
si le enseñas el castigo?

Y otro repuso al momento:  
—No entra, porque no le alegra;  
yo bien entré al casamiento,  
y me enseñaron la suegra.

PLÓEZ.

Vicente el banderillero,  
que es un cumplido torero,  
decía á su amigo Andrés:  
«Yo he sufrido, frente al tres,  
dos cogidas, en Febrero.»  
Recordando á Inés Valiente,  
Andrés, fuera de su centro  
contestó al punto á Vicente:  
«Te cogieron á ti en frente  
y ¡á mí me cogieron dentro!

Blas, dueño de diez comercios  
decía, haciéndose cruces:  
«Ví unos toros andaluces  
bravos, en todos los tercios.»  
¿Y te causa admiración?  
—Contéstole Pepe Enriles;—  
en todos los tercios son  
bravos los guardias civiles,  
y no llaman la atención.

Telegrama de Noblejas:  
«Toros buenos; el *Cachaza*  
salió en hombros de la Plaza  
llevando sus dos orejas.»  
Luis, que el parte hubo leído  
exclamó desorientado:  
«Aquí se han equivocado,  
pues lo extraño hubiera sido  
el salir desorejado.)

M. NUÑEZ DE MATUTE.

La persistencia del temporal de lluvias obligó ayer á la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid á suspender la corrida extraordinaria que tenía dispuesta, y en la que habían de lidiarse ocho reses de Benjumea y Nandín, por las cuadrillas de Lagartijo, Mazzantini, Fabrilo y Jarana.

Si en los anuncios de suspensión se hubiera indicado que la fiesta se verificaría en el próximo día festivo, 1.º de Noviembre, hubiéramos retrasado la publicación del presente número hasta entonces, para dar cuenta de ella; pero ignorando cuándo pueda realizarse, y no queriendo privar á nuestros favorecedores por más tiempo de este extraordinario, lo publicamos hoy como de costumbre, supliendo la revista con otros originales escogidos.

